

DUJOVNE, LEÓN: *El pensamiento histórico de Benedetto Croce*. Buenos Aires, Santiago Rueda, 1968. 195 págs.

Este trabajo no se aparta demasiado de la tónica exegética familiar a su autor, de quien todavía cabe aguardar un testimonio más inherente a su propia vena filosófica, habiendo brindado ya sobradas pruebas de sus fecundas condiciones para la producción intelectual.

Las implicancias del tema abordado por Dujovne —no por primera vez— le ofrecían un campo propicio para lanzar mayores definiciones personales. Sin embargo, el libro ostenta casi por entero un recorrido erudito que no escatima las referencias a la biografía y a la filosofía general del pensador napolitano, al cual se trata de emparentar mucho más con Vico y De Sanctis que con el mismo Hegel.

Se transcriben y reseñan diversas fuentes primarias que nutren a la visión crociana del proceso histórico y de la historiografía, distinguiéndose ligeramente a ésta de otras modalidades metodológicas e interpretativas.

Superior atractivo denotan las consideraciones sobre el impulso impreso por Croce al historicismo y sus debates contra el mito, la verdad revelada y la metafísica, a la cual —según evidencia críticamente Dujovne fuera del encuadre ascético— no alcanza aquél a sustraerse en su concepción del espíritu. Tampoco pudo evitar Croce la influencia de otro de sus máximos oponentes conceptuales: el materialismo dialéctico, al que, de modo más consciente, tuvo en parte que admitir, sin olvidar acaso el magisterio de Antonio Labriola.

Una observación importante apunta hacia la impugnación crociana de la filosofía de la historia. Croce no habría dejado de ser

“a pesar suyo” un filósofo de la historia. No sólo por sus creencias —no extrañas a algunas profecías bíblicas— en el progreso y en la inclinación del mundo hacia el bien, sino sobre todo por su célebre enunciación de lo histórico bajo el signo de la libertad. No cuesta advertir en Croce que ello representaría “una teoría histórico-filosófica elaborada como fundamento de la doctrina política del liberalismo” (p. 172).

Liberalismo por lo demás fuertemente idealizado que se asocia con las más sublimes manifestaciones espirituales, sobrepasando los límites tanto de la política como de la moral y con un grado de sustancialización que conduciría a asegurar, p. ej., que el “Estado liberal... nunca muere” (*Ética y Política*, ed. Imán, p. 248).

Apunta Dujovne que, fuera del derrotero liberal, comunistas y fascistas se tienden la mano; sin preguntarse por qué no parece Croce inquietado por otro símil corriente: cuando el comunismo y el fascismo se imputan recíprocamente estrechísimos vínculos con la posición liberal. Resulta difícil negar ciertos resabios iluministas en la comprensión crociana de las ideologías y los regímenes gubernativos. El liberalismo de Croce no puede insertarse dentro de los que se presumen como de gran avanzada. Por lo contrario, no obstante su postulación historicista, reivindica como paradigma institucional la Francia de la Restauración y la monarquía de Julio; período en el cual se hizo oír el grupo de los “doctrinarios”, a quienes tanto admiraba Ortega y Gasset —enrolado en una tendencia análoga a la de Croce. Este llegó a proclamar un liberalismo “intrínsecamente anti-igualitario” que brega por una aristocracia “implacable... para rechazar al vulgo” (ibid., pp. 247-8).

Cuadra mencionar la problemática que, en torno a la objetividad del conocimiento, suscita el relativismo de Croce, según el cual la historia se escribe siempre desde los requerimientos del presente. Dujovne se vale aquí de los planteos efectuados hacia 1938 por Maurice Mandelbaum en su *The problem of historical knowledge*.

Por último, son de resaltar los reparos de Dujovne a la tesis crociana sobre la imposibilidad de una historia universal: que la noción fundante de “interés” revela cierta ambigüedad e incoherencia, que se apela al “argumentum ad verecundiam”, que la historia universal no es reducible a la mera “suma de historias particulares”, que se establecería un excesivo divorcio entre la cultura occidental y la oriental, privilegiando a la primera.

León Dujovne no se encuentra aislado en la ensayística local

sobre Croce, quien ha tenido una apreciable repercusión en nuestro medio. En esta publicación consagrada al pensamiento cultivado en la Argentina, recordamos algunos de los nombres que han encarado entre nosotros, con mayor o menor mérito, especificidad y extensión, la temática crociana afín a la obra comentada, aclarando que las probables omisiones son completamente involuntarias: Jacinto J. Cucaro (1918-21), Francisco Romero (1921), Julio Barrera Lynch (1923), Alejandro Korn (1925), Nimio de Anquín (1926), Manuel Lizondo Borda (1927-29), Abraham Waismann (1939-60), Renato Treves (1944), Gherardo Marone (1946), Octavio N. Derisi (1947), Norberto Rodríguez Bustamante (1951), Alberto Caturelli (1952), Salvador Dana Montaña (1953), Coriolano Alberini (1954), Rodolfo Mondolfo (1954), Miguel A. Virasoro (1954), Domínguez López Cuesta (1955), Carlos Astrada (1957), Héctor P. Agosti (1959) y Walter Brünning (1960).